

Gritería, como hemos dicho, le trasladaron á la mina de la Valenciana, donde fué pasado por las armas.

Era el padre Jarauta bajo de cuerpo y robusto, estaba constantemente rasurado, dejando adivinar una barba recia y oscura. Su nariz era aguileña y sus ojos foscos y encapotados; usaba una zamarra lanuda de piel de borrego, y cuando hablaba metía los dedos en las bocamangas del chaleco, quedando como en jarras á lo majo ó *endino*.

1849.

En 1849 falleció D. Carlos M^a Bustamante, quien no ha sido imparcialmente juzgado por la Historia, porque la preponderancia del partido servil y clerical, dueños de la prensa, árbitros para desfigurar los hechos y para ser los únicos que sin rectificación pudieran hacer dominantes sus imposturas, no han dejado percibir en su verdadera luz el retrato de este patriota distinguido. Bustamante, al dejar una excelente posición en Oaxaca y abrazar la causa de la Independencia, lo hizo con ardor ciego y patriotismo sincero. Durante mucho tiempo fué el único defensor de los derechos del pueblo, el que puso en evidencia las maldades de los gobernantes españoles en su mayoría; se esforzaba por aniquilar el fanatismo, como lo hizo con la aparición milagrosa de la palma de Zitácuaro, formada por las nubes; reivindicó los nombres de los héroes, y cosa singular, Alamán mismo, jefe del partido conservador, aprovechó toda clase de noticias dadas

por Bustamante para formar su historia y presentar muchas veces, sin quererlo, el conjunto inconsecuente de sus opiniones.

Bustamante, como el Pensador Mexicano, como el Payo del Rosario (Villavicencio), como Cerecero y Envidés, escritores liberales, fueron perseguidos á un mismo tiempo por los anatemas de la Iglesia, por el ridículo, por la censura literaria y por los diferentes disfraces de los intereses que hería. Creyente hasta el fanatismo, adolecía su carácter de muchas de las preocupaciones vulgares sobre la creencia; como su estilo desaliñado y sin trabazón se prestaba á comentarios que favorecían á los que lo desacreditaban en su decrepitud; la creencia infantil en toda especie de monumentos que le presentaban de mala fe como antiguos, hicieron y han hecho su carácter difícil de analizar. Ya decrepito se entregó á la devoción fervorosa, vestía un saquito de indiana, un pantalón de cotonía, su zapato bajo y su capa española color de café; se le veía atravesar de su casa de la calle de Santo Domingo á la iglesia del mismo nombre y de ésta á la casa del Sr. Trigueros, calle de Chavarría, donde encontraba consuelos y auxilios en aquel Ministro su protector.

A la consumación de la paz y vuelta de los Poderes á México, el cuadro que presentaba la República puede decirse que era el del desencadenamiento de la anarquía.

Pululaban por todas partes, como mal apagadas chispas, que sobrevivían á la destrucción del incendio, guerrillas de patriotas, partidas de bandoleros y grupos de descontentos. El Erario estaba totalmente exhausto, las rentas de los Estados aniquiladas, el ejército disperso y en completa desmoralización, y los partidos alentados con esa mala posición del Gobierno, luchaban encarnizadamente en la Capital, eligiendo por campo de batalla el Congreso, y por pretexto ó motivo la elección del Ayuntamiento, hecha anterior á la ocupación de la Capital ó la verificada después. Insolentado el partido conservador desde años antes, atizaba con furia la discordia. En el periódico *El Universal*, que era su órgano y se decía redactado por Alamán, el Padre Nájera, Aguilar y Marocho, D. José Dolores Ulibarri y otras notabilidades que ocultaron cuidadosamente su nombre y á las que no se podían negar talentos eminentes. No obstante, haciendo mal uso de ellos en el periódico, se injuriaba á la Independencia, se calumniaron groseramente á sus héroes, se pusieron sus nombres en la escarpia del escarnio, y llevaron la irritación de los patriotas al último extremo por su mala fe y sus villanías y mentiras. Una de las personas que más se atrajeron los odios fué Aguilar y Marocho, hombre de levantado ingenio, afiliado en el partido liberal, redactor de *El Siglo*, quien tráfuga de su partido, ingresó al conservador con la nota de todos los traidores. Órgano del clero *El Universal*, aceptaba todos sus recursos, aun los más absurdos, como

el milagro de las escamas de un pescado maravilloso que confundían á los herejes, por lo cual se llamó el periódico de las escamas. Combatían á *El Tiempo* con enérgica elocuencia, entre otros, el *Siglo XIX* y *El Monitor*. En el primero escribían Otero, Luis de la Rosa, D. Juan Bautista Morales (Gallo pitagórico), Cardoso, D. Joaquín Payno, Castera, Agustín Franco y yo. En *El Monitor* escribían Castillo Velasco, Alcaraz, Banuet, Sabás Iturbide, el Dr. Juan Nepomuceno Navarro, y valientes agregados como Pablo Torres Cano y el muy erudito y distinguido liberal D. Francisco Modesto de Olaguibel. Había algunos otros periódicos batalladores con menor gravedad pero con igual entusiasmo, ya en prosa, ya en verso, ya en guasa popular y ya con irresistible lógica por el primero de sus redactores Ignacio Ramírez, quien se puso por pseudónimo el Nigromante, que le ha conquistado para la historia un renombre inmortal. Escribía en ese periódico, como apasionado liberal, Vicente Segura, después uno de los más vehementes partidarios de los conservadores, y cuya trágica muerte fué uno de los episodios más sangrientos de la guerra de Reforma. Payno y Guillermo Prieto redactaron también ese periódico, particularmente el último que se quedó con Ramírez á su frente, luego que por la persecución dejaron de escribir sus compañeros.

Los impresores de más nota en la época eran D. Ignacio Cumplido, García Torres y Rafael Rafael; el primero, oriundo de Guadalajara y de una familia distin-

guida, se dió á conocer como simple prensista en el periódico titulado *El Cosmopolita*, redactado por D. Juan Rodríguez Puebla, D. Manuel Gómez Pedraza y otros prohombres del partido moderado. Su simpática figura, su viveza genial y sus buenas maneras le trajeron la protección de Pedraza y Rodríguez Puebla, le establecieron, fomentaron su negociación con valiosas impresiones del Gobierno, haciéndolo establecer el *Siglo* y procurándole otras varias relaciones, y su constancia y puntualidad en el trabajo, una pingüe fortuna. Cumplido era infatigable en las labores á que se dedicaba, y puede decirse que estaba á punto de descubrir por su actividad el movimiento continuo. Recompuso y transformó varias veces la parte del edificio del Hospital Real que le estaba asignado, tirando paredes, reponiendo pisos, fabricando altos, abriendo y cerrando puertas y acomodando á sus necesidades ó caprichos cuanto encontraba á la mano. En la azotea, con macetas y cajones, improvisó un jardín primoroso de flores exquisitas, al lado edificó una galera para disecar aves, hizo su casa de habitación, contigua á la imprenta que ocupaba vasto terreno, con departamentos de redacción, peñazos, prensas y maquinarias, así como braseros, tubos y útiles para los cilindros con que se tintaba la letra. Primero emprendió el Sr. Cumplido *El Mosaico Mexicano*, bajo la dirección de D. Victoriano Roa, y sucesivamente se publicaron como periódicos literarios, *El Museo Mexicano*, *El Album*; y sus famosos calendarios que le dieron gran boga. Do-

minaron en el *Museo* los nombres de Rosa, Payno, que firmaba con el seudónimo «Yo,» y Guillermo Prieto ó Fidel, que presente está. Se me olvidaba decir que Cumplido intentó establecer una Escuela ó Colegio de impresores, que funcionó por poco tiempo y sin duda no le tuvo cuenta. Las excelentes relaciones que se supo procurar Cumplido con cierto tacto *sui generis*, no sólo le dieron entrada en la buena sociedad y asiento notable en el partido moderado, sino que le invistieron de cierta importancia política que le procuraron mucha honra y mucho provecho. Entre tanto, á pesar de escribir en el *Siglo* hombres como Otero, El Gallo Pitagórico, Rosa, y después Carrasquedo, Iglesias, Lacunza, Ramírez y Zarco, los emolumentos que disfrutaban estos hombres eran realmente mezquinos, no pasando ninguno de ellos de cien pesos, con excepción de Zarco, que quedó casi al fin de su vida como redactor único, ganando cerca de quinientos pesos mensuales. Payno y yo, que escribíamos pocas veces en la parte política y en la crítica de teatros, teníamos veinte pesos inclusive el costo de nuestra luneta. Cumplido era en su trato íntimo afable y servicial; su familia frecuentaba poco la sociedad, y se zuzurraba que tenía carácter áspero con su esposa, que era de un nacimiento obscuro y que tenía una familia inferior al rango que él ocupaba.

De García Torres se vociferaba que era oriundo de un pueblo cercano á Pachuca, que vino á México en calidad de sirviente ó dependiente del Marqués de Vi-

vanco; que por su honradez y buena conducta se le consideró como hijo de esa ilustre familia, que emigrando á Europa el Marqués de Vivanco, le llevó consigo á Inglaterra donde aprendió el inglés, el francés y se perfeccionó en las maneras cultas y en los usos de la buena sociedad. En el extranjero casó con una suiza muy laboriosa y llena de virtudes, la que cuidaba diligente á su esposo, le dirigía con su buen juicio y fué móvil poderoso del lugar distinguido y de la buena posición que ocupó después. El carácter de García Torres era abierto y sincero como el de muy pocos: gastador, enamorado, valiente y liberal, lleno de sinceridad y abnegación. A tan preciosas cualidades no pudieron obscurecerlas ni los resabios de su primera educación, ni su ignorancia supina, ni los arrebatos de un genio fogoso, pero en el fondo, lleno de bondad. Por cierto delicado instinto que conservó hasta sus últimos días, supo elegir para sus consejeros, para sus amigos y para los redactores de su periódico, personas de raro mérito como Olaguibel, Lafragua, Banuet, Alcazar, el Dr. Navarro, Sabás Iturbide, Castillo Velasco, Arriaga, Guillermo Prieto (que se excluye de ese alto mérito) y otros de firmes creencias y de resoluciones probadas. En los peligros de la prensa, siempre participó de los primeros, como lo comprueban sus prisiones y destierros. Con las armas en la mano, su proceder en la guerra americana, fué verdaderamente heroico, y cuando se trataba de la defensa de sus principios, olvidaba como ninguno de los impresores, su vida y

sus intereses por no degradar ni desfigurar sus opiniones. Por elevada que fuera la persona y por comprometida que fuera su situación, no traicionaba á sus sentimientos; yo le escuché decirle al Gral. Paredes que hundía al país en un abismo y que era indigno proteger el proyecto de la monarquía.

Arista le llamaba su periódico de oposición, á pesar de que García Torres le amaba con extremo; y á Juárez le decía con mucho respeto: «Señor, no vengo á ver á Ud., porque me parece muy mal lo que está Ud. haciendo,» cuando alguna cosa no le parecía.

Las genialidades de García Torres, ciertos arranques que podían calificarse de candores y cierto desparpajo no siempre oportuno, le atrajeron críticas que tendían á ponerlo en ridículo, como el brindis «Vamos haciendo tan, tan.» «Vamos levantando cisco, etc., etc.» Cuando se le pidió en una tertulia el consonante de Adonis y repentinamente y sin vacilación gritó: «Anís» y los brindis para un banquete que publicaba después de dos ó tres días de verificado, con un encabezamiento igual ó parecido al que sigue: «Brindis que debió haber pronunciado D. Vicente García Torres, con ocasión de etc., etc.» También sobre el nombre de García Torres, corrieron á su vuelta de Europa algunas versiones. Parece que se estableció con sólo el nombre de García, con una imprenta de mala muerte, en una de las calles del Rastro. En otra calle del mismo nombre, distante, existía otra imprenta de igual pelaje llamada de Torres.

La vecindad de los dos reclutas de Gutenberg no dejaba de presentar los inconvenientes de la competencia, así es que en cuanto murió Torres, García, que era avisado, hizo una fusión tipográfica y tomó el establecimiento el nombre de García y Viuda de Torres. Andando los tiempos, y sin saberse la causa, se modificó el nombre y la imprenta fué llamada García y Torres. En esto, espichó la viuda; García compra y arregla la imprenta y quitando el tabique de la composición, quedó el establecimiento y el propietario con el nombre de García Torres que le conocimos.

Lo expuesto lo refieren muchos como una conseja, hija de la imaginación; pero otros muchos lo afirman como ajustado á la verdad.

García Torres era audaz en sus empresas, y al nacer su industria imprimió un Tratado de Diplomacia, que tuvo un éxito asombroso, atendida la época. Las pocas relaciones del editor y los subscriptores, en su mayoría carniceros y gente de tráfico de abarrote pedestre. Sin embargo, la obra de Diplomacia se le señala como el primer escalón de la fortuna del rico propietario del *Monitor Republicano*.

Rafael Rafael nació en Cataluña, donde pasó sus primeros años, é hizo su educación aprendiendo los oficios de impresor y grabador, oficios en que era muy hábil.

Noticioso de sus aptitudes D. Ignacio Cumplido, y previo contrato, envió por él, y se radicó en su establecimiento en la calidad de grabador en madera.

Era Rafael Rafael tipo neto de su raza y su pueblo; cabello cerdoso y tupido, barba recia, nariz roma, ancha espalda, piernas fornidas y movimientos ágiles. A poco de estar en la imprenta de Cumplido Rafael Rafael, se notaron mejoras extraordinarias en el arte tipográfico, y le granjearon cierto nombre que le hizo codiciable para esa clase de negociaciones. Separado de Cumplido, al que sirvió cerca de dos años, estableció una pequeña imprenta en la calle de Cadena, en compañía de un alemán, cuyo nombre no recuerdo. Allí fué solicitado por D. Lucas Alamán, de quien se granjeó el afecto, y quien le protegió muy generosamente toda su vida.

Muy confusamente recuerdo, que triunfante el partido liberal, cayó prisionero en Tampico al huir de la República, en unión de otros conservadores de nota, entre los que se encontraba D. Teodosio Lares, Fernández de Jáuregui, Aguilar y Maracho y otros. Cayeron estos prisioneros en poder del implacable general D. Guadalupe García, quien los mandó fusilar inmediatamente. Pero sólo tengo noticias ciertas de la muerte de Jáuregui, por tener un carácter particular. García era de un genio indomable y feroz; al ver á los prisioneros les lanzó injurias tremendas, particularmente con Jáuregui, á quien bebió, desgarró con sarcasmos crueles, y trituró y remolió su amor propio, con rabiosa crueldad. Jáuregui era un hombre anciano, seco, carilargo, moreno, desdentado, y con un mirar resuelto y profundo. Al oír las amenazas de García, y no